

Esa España no piensa más que en ser factor útil de la obra de la civilización humana; y comoquiera que en esa labor ella sabe bien que si va con sus solas fuerzas, quizá naufragaría en el camino, viene á vosotras, no sólo á infundiros algo del entusiasmo que ella tiene, sino á pedirnos también vuestra ayuda, para que nosotros salvemos también nuestra crisis, que la tenemos, y juntos podamos elevarnos á ese alto ideal de la patria hispana común, de la patria hispana espiritual que yo aquí, con mi palabra torpe, os he querido pintar, y de la cual estoy seguro que habréis visto, á través de lo torpe de la frase, que no acierta jamás, por mucho que yo la torture, á expresar el fondo de mi pensamiento, habréis visto, digo, por las vibraciones de la palabra misma, todas las cosas que no dije, que están debajo del signo, y que vosotros entenderéis perfectamente. (*Gran ovación.*)

III

Cuba y España.

DISCURSO EN LA RECEPCIÓN DE LA COLONIA ESPAÑOLA (1)

Señor Presidente: El Dr. Altamira tiene la palabra.

Dr. Altamira: Señor Presidente de la República, señor Presidente del Comité central, señoras y señores: Debo profundo agradecimiento al Comité central de la colonia española por haber organizado esta velada; se lo debo, no por lo que pueda cosquillear mi amor propio, sino especialmente, y por encima de toda consideración, porque ello me procura cumplir uno de mis deberes de visitante.

He ido á presentar mis respetos á las altas autoridades centrales y locales; he ido á la que es casa mía desde ahora y asiento propio de mi mi-

(1) Según las notas taquigráficas de una revista habanera.

sión: la Universidad. Justo era que viniese también á ponerme en contacto con la representación social del pueblo cubano, y que le dijese á ella, que no ha podido estar plena y genuinamente presente en ninguno de los actos anteriores, todo lo que era preciso que le dijese como delegado de la Universidad de Oviedo que viene á ofrecer su mano de amigo, no sólo á los que con él comulgan en la profesión de la enseñanza, sino á todos los que sienten en el fondo de su corazón el santo amor de la patria en que han nacido y, al lado suyo, el amor y el ansia de las cosas que le son comunes con su hermana en idioma y en ideales.

Esta no es fiesta de la inteligencia en la cual sea preciso poner en función aguda el cerebro; es fiesta social en la cual debe vibrar entre nosotros el corazón, en aquella atmósfera de caballerosidad, de cortesía y de simpatía humana que enlaza las almas por encima de todas las diferencias de patria, de origen, de idea y de intereses; y como caballero, yo debo ante todo dirigir mi saludo á los dueños de la casa territorial: á los cubanos, que son en estos instantes entre nosotros, huéspedes de honor de la colonia española. (*Aplausos.*)

Perdonen por esta vez las damas que no sea á ellas á quienes primeramente me dirija, porque ellas son ante todo ciudadanas de un Estado, y comprenderán bien que honrándonos con su presencia el jefe del Estado cubano, él es antes que

nadie; y yo quiero hacer aquí público testimonio y repetición de aquel respetuoso homenaje que tuve el honor de poner á sus plantas en nombre de la Universidad de Oviedo, y, á la vez, de mi reconocimiento personal, y quiero saludar en él igualmente al símbolo de la bandera y de la República cubana, por cuya prosperidad é independencia eternas hago fervientes votos. (*Grandes aplausos.*)

Y vosotras, señoras, yo estoy seguro que habréis de agradecerme que no cante una vez más en vuestros oídos la canción enaltecedora de vuestra belleza y de vuestra elegancia. Eso podréis contar desde luego que lo dicen y lo piensan todos los que visitan esta tierra hermosa; y cabría el hecho de que, si yo insistiera en ello y á ello sólo me limitara, vosotras pensarais para vuestros adentros: «¡Pues vaya una novedad! ¿Cree usted necesario advertir al mundo de esa cualidad nuestra? ¡Pues si eso lo saben hasta los ciegos de nacimiento!» (*Aplausos.*)

Yo prefiero hablar de otra cualidad que tenéis también: prefiero hablaros de lo que significáis con vuestra conducta y con vuestra misma presencia aquí, tocante á la colaboración en la obra de formar el espíritu de los pueblos.

He tenido, en mi viaje por la América latina, el hermoso y consolador espectáculo de ver asociada á la mujer á todos los actos en los cuales se hace labor intelectual, artística ó de alta espiritualidad, y he pensado que se acercaban los tiem-

pos en que la humanidad corrigiese el secular error en virtud del cual la Historia se ha hecho por los varones solamente, condenando por eso mismo á impotencia, muchas veces, algunas de sus obras fundamentales. Es hora ya de que vosotras seáis nuestras verdaderas compañeras, las que colaboréis y os unáis á nuestras empresas, en lugar de venir con vuestro cariño egoísta, estrecho y reducido, al círculo del hogar, á detener el vigor de los hombres ó el entusiasmo de sus ideales, cuando quieren sacrificarse por aquellas cosas que constituyen el bien de la comunidad y sin las cuales sería completamente imposible el progreso de los pueblos.

Hora es que nosotros rectifiquemos, los hombres, esa mezquindad y ese estrecho criterio con que os hemos tratado hasta ahora, y que llegue el instante en que vosotras consideréis que, salvo los momentos en que la voz del amor cante callada y misteriosamente en el alma—momentos que son siempre de recogimiento y de soledad, cerrados á la penetración del ojo profano del mundo,—consideréis, digo, como una ofensa, que el hombre os dirija la palabra únicamente para halagar vuestra vanidad, y que penséis que es mucho mejor para vosotras, y que cumplís más altamente con vuestro destino, uniéndoos á nosotros en toda la obra que hemos llevado hasta ahora únicamente sobre nuestros hombros, para ser nuestras consejeras más íntimas, almas en las cuales desahogemos todas nuestras penas, todas

nuestras zozobras y nuestras esperanzas. Yo tengo la seguridad de que ese momento se avecina, porque os he visto, repito, asociadas diariamente á la obra de la inteligencia, y no temiendo al «qué dirán» vano de las gentes: sabedoras de que, al fin y al cabo, las cosas que se hacen con intención santa vencen á la murmuración é insana curiosidad de las gentes. (*Aplausos.*)

Y como vosotras sois madres, y sois hijas, y sois esposas, yo en vosotras quiero saludar también á los hombres del pueblo cubano, á los que os están ligados por el amor ó por el respeto, y que seguramente verán con gusto que yo coloque en vosotras su más alta y afectuosa representación; pero quisiera hacer, sin embargo, una mención especial, pensando en las madres, que no se verán complacidas con una referencia ligera en la cual no resuene de manera especial el nombre ó la representación del hijo de sus entrañas.

Quiero hacer la excepción (entre los hombres del pueblo cubano á los cuales saludaba en resumen y en cabeza vuestra) de esos vuestros hijos que acuden á las aulas del Instituto y de la Universidad, y que están siendo la simiente del espíritu cubano del día de mañana; quiero saludarlos especialmente como esperanza de esta tierra y de la humanidad entera; quiero saludar á esos en cuyos ojos os miráis, á quienes vosotras debéis querer bien seguramente, como buenas cubanas, pero á quienes querríais ver, estoy seguro, antes muertos que malos patriotas, y antes

desaparecidos de la tierra que incumplidores de su deber. (*Aplausos.*)

Esta mañana, cuando salía yo de visitar las aulas de la Universidad, cuando acudía á sentarme en mi coche, recibí una de las sorpresas más gratas y más emocionantes de mi vida, de aquellas que no olvidará nunca aun el hombre que tuviera el olvido fácil; y fué ver el automóvil cubierto de flores, y entre ellas un cartel escrito de prisa y corriendo, que denunciaba en los trazos la vibración del sentimiento espontáneo que lo había dictado, y decía: «Obsequio de los estudiantes al Dr. Altamira.» Y aquellas flores, pintadas con los colores más vivos de la Naturaleza, que me hablaban de estos campos prodigiosos de Cuba, trocáronse de repente en flores simbólicas que ya no eran expresión de seres vegetales, sino de espíritus humanos, y con ellas me pareció que me rodeaban la florescencia magnífica del espíritu de Poey, cuyo sepulcro acababa de saludar respetuosamente, y los efluvios del corazón magnánimo, ó la fuente de poesía, de Plácido, de Gertrudis Gómez de Avellaneda, de Heredia y de Martí. (*Atronadores aplausos.*)

Y entonces comprendí el simbolismo de aquella galantería escolar: eran las voces de los antepasados, que habían cantado una vez más en el corazón de los jóvenes, y que venían á recalentar un ambiente de simpatía y á decirme: «Estás como en tu tierra, entre hermanos, en un pueblo que ha sabido fortificar su espíritu por el trabajo

antes que tuviera su independencia y prepararlo para las grandes empresas cuando aún carecía de personalidad política.» (*Grandes aplausos.*)

Y en cuanto á vosotros, españoles, ¿qué tendré yo que deciros que no sepáis de antemano?

Uno por uno he ido recorriendo y recorreré vuestros Centros, vuestras Sociedades, y allí he comenzado á decir, y seguiré diciendo, todas las cosas que importan á nuestra comunicación espiritual. Allí os he revelado, y os seguiré revelando, todos los factores buenos que he advertido en vuestra alma y en vuestra acción, y lo que todavía espera España de vosotros para que fructifique la obra suya de paz, de fraternidad y de desinterés. Y también, en un momento que está próximo, cuando me dirija á vosotros de una manera especial y os vaya á ver reunidos como os veo aquí, mi saludo contendrá juntamente la expresión del voto que la Universidad de Oviedo me confió para vosotros, y que representa un programa de vuestros deberes en América, tal como lo entendemos allí. Ahora quiero limitarme á saludaros á todos unidos y á evocar una cosa grata á mi alma: el recuerdo del cubanismo de nuestros españoles de América. Habíais de ver, cubanos, cuando se aproximaba la fecha del viaje, cuando yo iba recogiendo palpitaciones de todas partes, palpitaciones del alma española, y reforzando con ellas las energías de la mía propia, habíais de ver cómo aquellos hombres que han estado en vuestro suelo, que han trabajado

aquí, que han derramado en Cuba el sudor de su frente, que han gozado con vosotros y han sentido con vosotros, cómo, digo, me ponderaban esta tierra bendita, y cómo se dolían muchos de ellos de no poder volver aquí, y cómo me decían: «Encontrarás en América países hermosos, encontrarás poblaciones florecientes, encontrarás sitios que te halagarán y harán nacer en tu espíritu el deseo de quedarte en ellos para siempre; pero todo ello será nada ante lo que sentirás en la tierra de Cuba. Cuando estés allí no tendrás ganas de volver á España, con ser tan buen español como eres.» Y ellos han acertado en su profecía. (*Atronadores aplausos.*)

Y habíais de ver cómo aquellos hombres que añoran por Cuba, por esta tierra, por vosotros, por vuestra patria, se levantaban como si fueran una sola personalidad, de una manera espontánea en que no intervenía para nada la Universidad de Oviedo, para festejar á aquel hombre que envió la Universidad de Cuba á nuestro tercer Centenario; y habíais de ver con qué cariño y con qué solicitud ellos, secundando, pero enfebreciendo más y más la acción de la Universidad de Oviedo, rodeaban á ese hombre con todo su amor, y compendíaban en él todas sus querencias á esta tierra. Y no puede ser de otro modo; hay que amar al país en el cual se ha trabajado, al país en que se ha buscado compañera, al país en que han nacido los hijos; y el hombre incapaz de sentir este santo amor hasta el punto de que luche

en el fondo de su alma con el amor de la tierra en que nacieron sus padres, no es un hombre de corazón bien nacido. Y permitidme esta inmodestia colectiva: yo no entiendo que haya un español que pueda tener un corazón de esta naturaleza, sino un corazón abierto á todas las simpatías de la raza y á todas las sollicitaciones que emanan del terruño en que se pone algo de nuestra alma, algo de nuestros sentimientos y de nuestros afanes. (*Aplausos.*)

Y al ver aquí, en esta noche, que esa conjunción de almas entre cubanos y españoles tiene manifestación tan espléndida; al veros juntos otra vez en santa comunidad de afectos, de simpatías y de cariño, yo siento que esa penetración del espíritu de los dos pueblos convergen sobre mí como una lluvia de consuelo y con una voz de aliento para esta empresa que me encargó la Universidad ovetense. Yo siento que mi alma se ensancha y expande cuando veo que tiene por sí y por piedra asentadera esta comunidad de espíritu entre unos y otros; cuando veo (como decía en una ocasión próxima en esta misma tierra cubana) que la obra que había encomendado á mis flacos hombros la Universidad de Oviedo, no hay que hacerla: está hecha ya fundamentalmente por vosotros, y no nos queda, á los que venimos á trabajar en el orden intelectual, sino asentar en terreno práctico las instituciones en que se pueden producir conjuntamente la obra cubana y la española de fortificar el espíritu común que como

hispanos y como hombres tenemos; no olvidando que no hay obra, por fecunda que sea su idea matriz, capaz de fructificar y de prosperar, si no va sostenida por un gran aliento: la voluntad. Porque, señores, yo que estimo en tan alta manera la obra del sentimiento en la vida, hasta el punto de que las cosas en que he podido servir de algo á mis semejantes han sido, lo he visto bien claro, aquellas en que, juntamente con la inteligencia, ha vibrado el corazón; yo, que rindo culto á la fuerza de las ideas penetradoras que han agitado á las muchedumbres y que han hecho que los pueblos produjesen los grandes cambios de la Historia, creo, sin embargo, que el mundo no es ni del sentimiento ni de la inteligencia; no es de los sentimentales, ni de los sabios, es de los tenaces, de los tercos en la acción buena, de los hombres poseedores de aquella fuerte y constante voluntad del romano á la cual se debió que la sombra de la Ciudad Eterna se extendiera por el orbe entero, y que vivamos todavía con los restos de su civilización. (*Aplausos.*) Seamos tercos unos y otros en las cosas buenas que se nos presenten en el camino. No lo seamos á la manera del niño voluntarioso, que no tiene fondo de ideal, sino el apetito de la pura imposición de su voluntad del momento; tengamos empeño para las cosas que empeño necesitan en la vida, y que valgan que se sacrifique á veces la existencia de un hombre ó de un grupo de hombres; tengámosla, en la seguridad de que las cosas más al-

tas, aquellas que han constituido la aparición de nuevos horizontes para la humanidad, no se han obtenido en veinticuatro horas, no se han obtenido mediante movimientos espasmódicos, sino con la labor diaria y sostenida, y con la paciencia de aquel que sabe que no está en poder del hombre, aun cuando quisiera hacer el mal, que el mal prevalezca en la vida, porque aun las cosas mismas que se hacen con dañada intención no producen todos los resultados que apetecía el malo, y se truecan muchas veces, en manos del bueno, en simiente y en instrumento de la obra de bondad. (*Aplausos.*)

Y en rigor, señoras y señores, ya lo tengo dicho todo. Yo no quería en esta ocasión más que aprovechar esa feliz idea (á que aludía al comenzar mi discurso) del Comité Central de la Colonia Española, para venir aquí ante el pueblo cubano y ante el pueblo español reunidos, y poner á sus plantas el saludo de la Universidad de Oviedo, el saludo de la España que comulga con vuestros ideales, y, sobre todo, el saludo de un hombre que acaso pudo venir á tierra americana soñando que podía conquistar algo de afecto ó de interés para la obra suya y para la casa de donde venía; pero que, como muchas veces sucede en los juegos del afecto, en lugar de ser él quien prendiera á los otros en el suyo, se ha visto prendido por los otros.

Esclavo de vuestro afecto, esclavo de vuestra benevolencia, esclavo de vuestra simpatía, derra-

mados á mi paso á manos llenas, soy ya para toda mi vida.

. Lo mejor de ella, en el tiempo que me queda de labor útil, he de dedicarlo á esta obra de desinterés, á esta obra de acercamiento de corazones y de pueblos hermanos, en la cual lo que yo pongo es absolutamente insignificante, porque no soy más que á manera del hombre que oprime el botón por donde va á comunicarse una corriente eléctrica que está latente y dormida, y lo oprime con la voluntad de quien sabe que está cumpliendo un deber, y con la modestia de quien no ignora que la corriente que va á hacer sonar las campanas de júbilo de la aurora nueva, él no la ha creado, no le pertenece; y queda gustoso con el papel que le corresponde, con tal que la idea se traduzca en una buena obra.

Soy vuestro desde hoy; lo soy por la conciencia que tengo de la bondad de esta obra de fraternidad y de paz, en la cual no caben recelos de ningún género, puesto que se hace con supremo desinterés, y que con su ambiente de amor hará desaparecer las suspicacias que dividen á los hombres, y ensanchar y engrandecer las cosas que los unen. Esta obra, en la cual vengo á sumar y no á restar, es una obra digna de vosotros, y digna de que se sacrifique una vida modesta, que ha pensado siempre no más que en ser útil á los otros. Y así tengo hoy la satisfacción y el orgullo, al propio tiempo, de no decirnos: cubanos y españoles de esta tierra, adiós; sino deci-

ros: hasta luego. Ese hasta luego quiere decir que yo, en todo momento y en toda ocasión en que creáis vosotros que pueda servir para la continuación de este empeño, ó para colaborar, en el rincón más modesto y obscuro, á la formación de vuestro espíritu, vendré aquí á continuar esa santa obra que en el terreno social y económico han hecho estos españoles que me espaldean con su amor y con su adhesión. (*Atronadores aplausos.*)

IV

Discurso pronunciado por D. Eliseo Giberga el 25 de Febrero de 1910, en la velada celebrada por la Colonia Española de Cuba en el Teatro Nacional de la Habana, en honor del Catedrático de la Universidad de Oviedo, D. Rafael Altamira (1).

Sr. Presidente de la República:
Sr. Profesor Altamira:
Señoras y señores:

.....
.....
Menos que nadie hubiera podido rehusar la representación de la Colonia Española para este acto (en que se unen, en noble fiesta de santa y cordial fraternidad, las almas de dos pueblos), quien tuvo en otro tiempo, cuando nos era común la ciudadanía, carácter y título que le confirieron la representación de la nación española, y revestido de ella se sentó entre sus legisla-

(1) El Sr. Giberga ha impreso este discurso, y aquí se reproduce el texto de esa edición, con algunos cortes.

dores, concurrió á regirla, y hasta fué tan afortunado—porque siempre ayuda la fortuna á los audaces,—que llegó á escalar la gloriosa tribuna de Ríos Rosas y de Martos, de Moret, de Maura y de Canalejas; la tribuna en la cual asombraron, conmovieron y hechizaron á los hombres el divino Argüelles, y aquel prodigioso Castelar, el verbo hecho carne, para quien, cuando se le oía, no parecía bastante ese mismo dictado de divino.

Vengo, pues, á cumplir con el honroso cargo; y al dirigirme al maestro en nombre de la Colonia Española, cúpleme—después de darle la más calurosa bienvenida, y de enviarle con el pensamiento los abrazos de mi afecto,—cúpleme dar testimonio de los sentimientos que despierta en todos sus compatriotas, y decirle en nombre de todos ellos, cuánto es el amor, cuánta la veneración, cuánto el orgullo en que los enciende.

Y tienen razón para que les embarguen estos sentimientos. Los enviados de España que solíamos ver en Cuba, eran los encargados de sustentar la dominación metropolitana; sus compatriotas los rodeaban, los apoyaban; pero pocas veces se ufanaron de ellos, y no les dieron nunca el cariñoso cortejo que á vos os dan...

Otro sentimiento he de expresaros que hacéis sentir á vuestros compatriotas; uno de los goces más dulces que puede experimentar el corazón humano: el de ver en labios de otros, animados, bullentes, claros, precisos, á veces con más pre-

cisión y más claridad que en nosotros mismos, ideas y sentimientos que son nuestros. Lo que en vos, á la par, y acaso tanto como íntimo afecto de vuestra alma, es concepto elaborado en el estudio y en la meditación, es en ellos, ó en los más de ellos, puro instinto, puro afecto: lo que en vos es doctrina, en ellos es impulso; lo que en vos es propaganda, en ellos es acción; y por su acción perseverante y continua, por su obra de todos los días y de todas las horas, por los hijos que engendran, por la potencia económica que crean, y que es con el tiempo potencia cubana, en cada familia que funda un español, por su mera presencia entre nosotros, sin deliberado propósito son, y aunque no quisiesen serían, una fuerza moral y social en constante ejercicio, un elemento de cohesión en medio de este pueblo cubano; son un viviente cubanismo. ¡Y pláceles ver cómo ese cubanismo práctico suyo corresponde al alto americanismo ideal que vos propagáis!

¡Derpertáis también en vuestros compatriotas un vivo sentimiento de confianza en el porvenir! ¡Extraordinaria fecundidad la de la propaganda de la Universidad de Oviedo! ¡Cómo una idea y un propósito pueden resolver y enardecer tantas almas, pueden agitar tantos pensamientos! ¡Sabéis por qué, señores? Porque no es obra política la de la Universidad ovetense y la de sus cooperadores; es obra docente, educadora y puramente universitaria, pero con raíz tan honda en el co-

razón, que tiene la fuerza que sólo alcanzan las cosas que antes de llegar á la mente se templan en los corazones. No es obra política, digo: y suponerlo sería agraviar la altura del pensamiento de aquellos profesores. ¿Qué le importa á la Universidad de Oviedo de la política cubana, ó de la política argentina, ó de la política mejicana? Podrá, quien quisiese atender, no siquiera á las necesarias y próximas y directas, sino á las eventuales, posibles y remotas consecuencias; podrá ver en ella, si acaso,—¿cómo encontraré la palabra?—una excelsa super-política de pura ideación; pero si toda idea, por ser idea, es virtualmente transcendental, de la transcendencia que en la realidad práctica pueda tener no se ocupa el propagandista, como el filósofo no se detiene en sus especulaciones á pensar en las interpretaciones que puedan dar algún día á sus doctrinas sus discípulos; como la nube no cuida de averiguar adónde llegarán las lluvias que derrame y cuáles serán las plantas que hagan brotar de los gérmenes.

¿Es sana la doctrina? ¿Es virtud, es amor, es verdad? A eso atiende el pensamiento del sembrador; lo demás, será cosa de otros; á él no le toca más que abrir el surco y sembrar. Siembra en dos campos la Universidad ovetense; siembra en dos campos: en España y en América.

Por lo que hace á España, ni formas de gobierno, ni contrastes de ideas políticas, ni conflictos sociales ó económicos, ni contiendas loca-

les ó de partidos, nada de esto preocupa á aquellos pensadores: ellos van á la misma base de toda obra social, á la conciencia y á la voluntad; y al considerar las condiciones que impone á las sociedades humanas la moderna civilización, por los conceptos que las rigen, por las direcciones que le trazan y por el carácter que le dan, esfuerzarse en trabajar sobre el pensamiento y sobre la voluntad de España, para que no quede rezagada en el incontrastable movimiento universal, fuera del cual, si no participase de él, pudiera ser arrollada por el avance de otros pueblos. Y España avanza también, alta la frente, animoso el pecho, puesta, como la ponen los otros, la mirada en el porvenir.

Pero también á América se extiende la propaganda de la Universidad de Oviedo y la de sus colaboradores.

Fué España un nuevo Briareo, cuyo cuerpo cubría gran parte del planeta. Tenía en Europa cincuenta cabezas en sus cincuenta provincias; y á través de los mares se extendían hasta las más remotas zonas sus cien brazos, sustentando una espada cada una, y sobre cien colonias pesaban las cien espadas. Y era tan noble y tan vigorosa la sangre del gigante que, cuando pura, dió vida á un Bolívar, á un San Martín, á un Agramonte, y cuando mezclada, á un Juárez, á un Maceo, á un Rizal.

Rindió á aquel cuerpo su misma grandeza. Las colonias son naciones independientes; pero la san-

gre es la misma, y á igual sangre igual espíritu. No hay hermandad que una tanto á los hombres como la hermandad del espíritu. Y los pensadores de la raza en ambos continentes preocupáanse y afánanse por aumentar su vigor, su fortaleza y su representación, estrechando los vínculos que unen á sus distintos miembros, poniéndolos en tan íntima comunicación, que cada día sea más común á todos lo de cada uno, hasta el punto de que no lleguemos á acertar de dónde viniere cada una de las ideas y cada uno de los sentimientos que á todos animaren; pero manteniendo, en medio de tal intimidad y de tal compenetración de los unos con los otros, la espontaneidad y la personalidad de cada nación, de suerte que lejos de sentirse menguada por la augusta sombra de España, se sintiese más fuerte en cada uno de los pueblos de América su propia autonomía nacional.

Así podrán formar en América los pueblos hispanos una Magna Hispania, como fuera de la Hélade se formó una magna Grecia, que la ayudó á difundir el espíritu heleno por todas las playas de Europa, Asia y Africa, y á preparar la unión de las gentes en el regazo de Roma, bajo el cetro de los Césares y el cayado de los pastores. Así también, conservándose en América el espíritu hispano, y repartidos como están, el continente y las islas, entre dos razas ilustres, que han creado dos grandes civilizaciones y han sido faros que han alumbrado y seguirán alumbrando á la humanidad; así también, como anunciaba la

otra tarde el maestro en el paraninfo de la Universidad, podrá ver el porvenir una conjunción, una síntesis de ambas razas y ambas civilizaciones, que complete con los de cada una los elementos de la otra y resuelva en una armonía superior sus divergencias: y de esta suerte podrá América, y por medio de América la humanidad entera, alcanzar las glorias y las grandezas de una civilización más amplia y más completa. Pero sólo la harán posible la perduración y el vigor de la personalidad y el espíritu propio de una y otra raza: la ibérica y la británica.

Por esas íntimas compenetraciones, por esas hipóstasis en que se funden las idealidades, los conceptos de la vida, los sentimientos de distintos pueblos; por la comunicación del acervo de unos con el de otros, es como ha realizado la humanidad los mayores avances que registra la historia. El aislamiento es estéril; sólo es fecundo el amor, que es la fusión de los cuerpos y las almas. Y es obra de armonía y de progreso, es obra de fraternidad humana y de enaltecimiento humano la que han de realizar, y yo creo que realizarán en América, el día en que se unan sus espíritus en una gran síntesis, las dos grandes razas que la pueblan.

¡Felices y gloriosos tiempos los que esperan á Cuba si acierta á tomar en esa magna obra la parte que le corresponde! Porque esta Isla, la más hermosa de cuantas besan los mares; la que cantan por sus bellezas los poetas y admiran por

su heroísmo los guerreros; la que fué durante un siglo, desde que España perdió el continente, fascinación del pueblo español y preocupación del vecino pueblo norteamericano; esta Isla, si acierta á conservar su personalidad y á mantener y vigorizar su espíritu, ha de ser, por sus peculiares circunstancias, el ara bendita, en la cual, en el centro del Universo, se celebren las nupcias de dos civilizaciones.

Pero esas nupcias requieren dos personalidades. Y he aquí por qué, á la par que á los españoles, dan aliento y esperanza á los americanos, y entre todos los americanos á los cubanos, la obra y la propaganda de la Universidad ovetense. Vigorizar y magnificar el espíritu de nuestra raza, es prepararle, es asegurarle un glorioso porvenir.

Y me aparté, sin sentirlo, de los rumbos que llevaba; y vino á derivar mi pensamiento á las cosas de Cuba. Perdonadme, señores: después de todo, ¿no es natural que vaya á parar siempre á Cuba el pensamiento de un cubano? Ya que por un momento me distraje de la representación que tenía en esta tribuna, amigos de la colonia española, ¿me permitiréis que siga hablando como cubano y por mi cuenta?

Os lo pido, porque la presencia del Sr. Altamira ha despertado en mí un recuerdo que no quiero dejar que se desvanezca en silencio: el recuerdo de los tiempos en que le conocí. Eran los días de aquella enérgica, briosa y esforzada propaganda que precedió á la Revolución. Era mozo

el Sr. Altamira, allá en el año 1887; mozo cuya opulenta y lozana juventud presagiaba ya la sazón de la madurez cercana. Todavía no había dado con su vocación, no había ingresado en el profesorado; y en aquellos años hacía en España política española y formaba parte de un grupo que, casi más que un partido, era una escuela, que pensaba más en el porvenir de España que en el presente, y que se preocupaba, sobre todo, no de la conquista del poder y de la influencia política, sino de preparar la conciencia española para una transformación que en el porvenir hiciese, de una monarquía histórica, una democracia republicana: y en el orden colonial proclamaba, franca y resueltamente, la autonomía de las Antillas. Aquel grupo, á cuyos hombres tanto calor debimos los que sufrimos la frialdad de aquel ambiente político, en que casi todo nos era hosti; aquel grupo que tanto apoyo prestó á la campaña en que estábamos entonces empeñados, con pocas excepciones, los cubanos, tenía por órgano en la prensa el periódico *La Justicia*, que seguía, en cuanto á la política nacional, la inspiración de D. Nicolás Salmerón, y en cuanto á la colonial, la de D. Rafael María de Labra, y el señor Altamira era redactor, y fué, poco después, director de aquel periódico.

Yo quise á Salmerón como él merecía ser querido; á Labra, por mucho que le ame nuestro pueblo, nunca lo amaré como él merece. ¡Tanto le debemos!

Me parece ver surgir en el fondo de mi recuerdo la figura de Salmerón. Todo hacía de él un verdadero apóstol; la intensidad de sus sentimientos; el vigor y el rigor de sus ideas; la inflexible tenacidad de su carácter; su soberbio desdén de todo lo que no fuese ideal: y hasta era figura de apóstol aquella figura severa y hierática, que en la tribuna parecía la de un Tonante; y eran ojos de vidente aquellos ojos vivos, inquietos, ardientes, mejor diría candentes, que me parece ver todavía resplandecer como dos brasas encendidas. Salmerón y sus amigos, á fuer de españoles, deseaban la unión política de Cuba con España; pero querían verla cimentada sobre la voluntad común de ambos pueblos. No era una base política y económica, sino una base jurídica, la que daban por fundamento á la unión; no era la dominación como fin político y el monopolio como fin económico lo que perseguían: era la fusión de las almas y el concierto de las voluntades para el bien y el esplendor común de unos y otros. Aún recuerdo, y al recordarlo siento la emoción con que lo oí, un discurso de Salmerón, en el cual, obligado por los incidentes de un debate y por los ataques de los adversarios de la libertad colonial, tuvo que exponer por entero su pensamiento; y con aquella valentía que era propia de su carácter, entre los gestos y los gritos de la ira y el furor, proclamó en el Parlamento español el derecho de las colonias á la emancipación.

Y de Labra ¿qué os diré? Es una gloria común á ambos pueblos, que se la disputan como suya. Nadie, nadie con más devoción y con más esfuerzo pugnó por las libertades políticas de Cuba, por la emancipación y la redención moral de los esclavos, por la igualdad política de las dos razas que habitan nuestro suelo, ya felizmente realizada; y debiera ser su nombre lazo de unión entre todos los cubanos, á todos los cuales, blancos y negros, amó y sirvió igualmente. Permittedme, cubanos que me oís, permittedme que por un momento me arrogue vuestra representación y le envíe desde esta tribuna homenaje de afecto y de reverencia.

He recordado la memoria de esos dos hombres ilustres, porque siendo tan conocidos como son, creí que era el mejor medio de daros cabal idea del pensamiento que tuvo Altamira y de la acción que ejerció, durante su breve labor política, en relación con el problema cubano. Lo que en la política colonial pensaban aquellos hombres, eso pensó Altamira; con ellos estuvo identificado, y en él tuvimos un auxiliar los que sustentábamos las aspiraciones de Cuba, y fué de los que sintieron como propios nuestros afanes y nuestros duelos.

Pero me dan ocasión esos recuerdos para considerar cómo hubo siempre españoles que lucharon, como nosotros mismos, por nuestra libertad, y nos alentaron en nuestros esfuerzos y en nuestras campañas: Pedregal, Azcárate, Pi y Mar-

gall, D. José Fernando González, Ortiz de Pinedo, Moya, Sardá, Leal, Cepeda, Pérez de Molina, Conte y tantos y tantos otros; y me dan ocasión también para considerar cuán conveniente, cuán sana disciplina moral es la de acostumbrarnos á dar lugar en nuestra vida al recuerdo.

De todo lo que es y de todo lo que será, es causa el pasado. La patria que hoy poseemos y gozamos, libre y soberana, obra fué en la cual participaron muchos, de muy diferentes modos; y entre otros, los que nos ayudaron á conquistar un estado de derecho que permitió que se unificase y se fortaleciese el espíritu cubano y que se difundiesen, hasta las mayores profundidades de este pueblo, la conciencia del derecho y el amor del ideal. Bueno es que recordemos el pasado; que el pasado es al presente como la raíz al árbol. El árbol que pierde su raíz, muere. En el tronco exhausto ya no corre la savia; desgájanse las ramas desmayadas; caen las hojas, marchitas y amarillentas; no renace el fruto de que se alimentaron los hombres. Imaginad una selva formada de tales árboles: al primer golpe del viento caerían todos, unos tras otros, y sería un cementerio, no una selva.

Yo que os conocí en aquellos días (*dirigiéndose al Sr. Altamira*), yo que os vi en aquellas obras, yo que desde entonces aprendí á amaros y á respetaros, no podía limitarme á saludar en nombre de la colonia española al ilustre Profesor, gloria de su patria y de nuestra raza, á quien esta no-

che acoge en solemne recepción; yo, como cubano, debía, además, dar tributo afectuoso al hombre que desde antiguo, desde que comenzaba á florecer su ya gloriosa existencia, fué, bajo el régimen colonial, amigo y defensor de las libertades cubanas. Hace bien Cuba en rivalizar y hasta en exceder á los demás pueblos de América, cuando os brinda lauros y arroja flores en vuestro camino.

Pronto volveréis al seno de la madre patria; habréis pasado por nuestra tierra como por el cielo un arco-iris, signo de bonanza después de la tempestad; luminoso y brillante, ¡pero fugaz! Así los vaivenes de la vida van sucesivamente confortando y desgarrando los corazones: hoy, apretaros en nuestros brazos; hoy, estrecharos á nuestros pechos; daros nuestro calor y sentir el vuestro... ¡mañana, veros partir!

Como Júpiter fecundó á Leda, bajo las alas de un cisne, vino un día sobre América el espíritu español, envuelto en las blancas velas de las navicillas castellanas, que fueron los primeros cisnes que bogaron por nuestros mares. De aquel advenimiento nacieron estos pueblos que estáis recorriendo en triunfo. Cuando volváis á España, querido maestro, á la par que los mensajes de añoranza que para ella os recomienden sus hijos, llevadle también el mensaje de nuestra América; decidle que no ha olvidado, decidle que no olvidará jamás las carabelas de Colón.

V

Cuba y el intercambio intelectual.

DISCURSO DEL PROFESOR DEL INSTITUTO DE SEGUNDA ENSEÑANZA DE LA HABANA, DR. RODOLFO RODRÍGUEZ DE ARMAS (1)

Ninguna nación de América estaba mejor preparada que la nuestra para recibir con entusiasmo al Doctor Rafael Altamira y para asociarse á su levantada empresa de intercambio científico; porque después que se rompieron los lazos de dominación política entre España y Cuba, habiendo dejado de pertenecer la bellísima isla del mar Caribe á su antigua metrópoli europea, cuando muchos pensaban que se distanciarían completamente ambos países, han continuado siendo estrechas y cordiales las relaciones entre ellos; porque terminaron pronto los odios y rencores pasados, y lejos de desaparecer el afecto entre

(1) Véase el Informe más arriba, pág. 408.